



# ALBUM DE SEÑORITAS.

Periódico de Literatura, Educación, Música, Teatros y Modas.

## EDUCACION.

### LA RELIGION Y LA MUJER.

Ofrecimos en nuestro anterior artículo dedicar este á la instruccion religiosa; aunque así no lo hubiéramos ofrecido, la santidad del dia nos inspiraria al menos algun pensamiento religioso, ya que religioso es cuanto nos rodea.

Hoy es el dia mas triste, pero el mas glorioso para la cristiandad: la muerte de Cristo salvó á la humanidad, y á los fúnebres clamores sucedieron los alegres cánticos por la salvacion del género humano.

Si los acontecimientos se ensalzaran por las personas que mas ganan en ellos, seguramente que nadie como la mujer debiera solemnizar á Jesucristo y llorar su muerte. Igualada su situacion social á la de los esclavos, porque las religiones paganas lo esclavizaban todo, Jesucristo proclamó la fraternidad humana, y

por consiguiante la emancipacion de la mujer, considerada antes por algunos pueblos como un mueble que se desechaba, cuando no servia.

Si hubo una Eva que perdió la sociedad, tambien hubo una María que la salvó. Aquella nos atrajo el pecado por su desobediencia y ambicion, la Madre de Jesus nos salvó por su amor. El verdadero amor es la fuente de todo bien. La divina María santifica su sexo: piadosas mujeres siguen por dó quiera á Jesucristo y á los Apóstoles, como Magdalena y las dos Marías, y rodean llorosas la Cruz del Salvador, que se complace en hablar con ellas. Despues son admitidas en los congresos por los Santos Padres; toman parte en su instruccion, en el sacrificio, en el misterio; son instituidas diaconisas, y se vé á la mujer ejerciendo la hospitalidad, lavando los piés á los viajeros, visitando y consolando á los enfermos y á los presos, llevándoles en secreto el Viático, ó mensajes, socorriendo á los mártires, besando sus heridas y recogiendo su sangre y sus huesos cuando ha-

bian exhalado el último suspiro. En su fé por la religion cristiana, comparecen ante los tribunales, sin temer á los jueces, y con su frente erguida desmienten la debilidad de su sexo en el martirio á que son condenadas.

Entonces ocupó la mujer en el mundo su verdadero lugar; dulcificó el carácter del hombre, compartió con él sus atenciones, y empezando por ser respetada por sus talentos y bondades, acabó por ser amada por sus virtudes y hermosura.

Vea, pues, la mujer lo que debe á Jesucristo, á la religion cristiana. Hoy, cuando acudan al templo á contemplar la imágen de la gloriosa muerte de Jesus, á recordar el Gólgota, regado con su sudor y su sangre, vean en el Hijo de María á su Salvador, detengan en su mente sus inmortales palabras, arraiguen en su corazon sus divinos preceptos y fortifiquen su fé.

Vean llorosa al pié de la Cruz á María, cuyo dolor no tiene igual en el mundo. Madre de un Niño que en su tierna edad le encuentra discutiendo con los doctores en el templo y llenándoles de asombro, que le vé luego encantando á todos con su celestial elocuencia, edificando con sus santas acciones, y empezando á conmover el mundo con su nombre, le vé á poco esta Madre amorosa perseguido, preso y encausado, siendo objeto de la irrisión y de los ultrajes

de un pueblo ciego que le azota, le corona de espinas y le condena á morir en una cruz, suplicio entonces el mas afrentoso.

No abandona la Madre á su Hijo: marcha á la muerte, y le sigue: el peso abrumador de la cruz le siente también María: suda con su Hijo y llora con él lágrimas de sangre. Llegan al Calvario, vé levantar la cruz, siente en su corazon las heridas que hacen los clavos en los miembros del Hijo de sus entrañas, sufre con su agonía, y con su muerte, fina también su esperanza. Solo puede llorar; lo agudo de sus dolores la han traspasado: en vano San Juan la llama Madre, cumpliendo las palabras de Jesus, que dijo:

—Madre, ahí teneis á vuestro hijo, señalando á San Juan; y á éste:

—Juan, ahí tienes á tu Madre.

Abrazar luego el ensangrentado cadáver de su Hijo es el único consuelo que le queda; ¡pero qué doloroso! Lo lava con sus lágrimas, lo envuelve en blancas telas y lo entierra.

Desde entonces, nada existe en este mundo para María. Dios ha colocado en el otro á su Hijo, y la reserva á ella un lugar elegido. Desde él nos vé y nos atiende. Amémosla como amó á su Hijo, y no nos abandonará.

Incúlquese en la juventud ese amor cristiano que nos sublima, enseñese no solamente la práctica de los deberes religiosos, sino á com-

prenderlos : no veamos en los Monumentos de hoy uno de esos funerales que celebra la vanidad todos los dias en nuestros templos , sino la imagen del sacrificio mas grande del mundo, del sacrificio que nos rescató, de una sangre vertida para lavar nuestras culpas.

Estúdiense el estado del mundo á la venida de Jesucristo, su vida, su pasion , su muerte, y se comprenderá entonces su incomparable importancia. Tiéndanse luego las miradas á nuestros dias , y se verá la necesidad de fortificar nuestras creencias religiosas para hacer frente á esa irrupcion de incredulidad estúpida, de grosero escepticismo y de ignorante duda.

En vosotras , madres de familia, está la salvacion de la sociedad : inculcad en vuestros hijos los sentimientos religiosos ; hacedles conocer su bondad para que los amen así por conviccion y no los obedezcan por solo el respeto ; no les dispenseis la menor falta en su práctica , y se verá brillar entonces la Religion con toda su pureza , sin fanatismo, sin supersticion, porque estos son los verdugos de todas las religiones.

A. PIRALA.



## LITERATURA.

### El Redentor en la Cruz.

Velado el globo de sangriento luto,  
La muerte ostenta pavoroso manto ;  
Cielos y tierra , en funeral quebranto,  
Ofrecen al dolor triste tributo.

Apaga el sol su lumbre mortecina ;  
Con horrendo fragor la tierra estalla,  
Que al quebrantar la iniquidad su valla,  
Presagia de los mundos la ruina.

¿Por qué los astros sus fulgores niegan,  
Al grito de dolor que el orbe lanza ,  
Y de la muerte , que infecunda avanza,  
Los temidos horrores se desplegan ?

Desatado huracan mugiente zumba ;  
Todo sucumbe á sin igual desmayo ,  
Rompe las sombras vengador el rayo ,  
Y la abrasada bóveda retumba.

*Todo está consumado !... Amargo duelo*  
La horrible muerte anuncia del Mesias ,  
Y á la voz tronadora de Isaías  
Los ejes estremécense del cielo.

Pueblo deicida ! tu maldad sin nombre  
Hoy contra tí la creacion concita ;  
« Venganza, destruccion !... » convulsa grita,  
Regada con la sangre del Dios-Hombre.

Excelso Jehová ! tú, que el Hosana  
En alta gloria sin cesar escuchas ;  
Que del viento y del mar domas las luchas,  
Y presides la noche y la mañana :

Tú , que bondad sin límite respiras,  
Y heroica abnegacion y mansedumbre,  
Ludibrio de la impía muchedumbre ,  
Sobre una cruz infamadora espiras !

La tierra es á tus piés un negro osario;  
Canta el infierno su mejor victoria....  
¿Dó está, Señor, el sello de tu gloria,  
Si al Tabor preferistes el Calvario?

Pueblo precito! De rubor cubierto,  
Te abrasa el sello de indeleble afrenta;  
Dó quiera envuelto en eternal tormenta,  
La tierra es á tus ojos un desierto.

Al Dios de tus mayores diste muerte,  
La sangre derramando del Cordero;  
¿Cómo á clavarle sobre un vil madero,  
No temiste, sacrilego, atreverte?

Recuerda, desleal! los beneficios  
Que ese Dios á tus padres prodigára:  
Su pródigo maná les enviára,  
Y benigno aceptó sus sacrificios.

Les libértó de esclavitud odiosa,  
El aplacó su sed en el Desierto,  
Dió una nube de luz á su pié incierto,  
Y dirigió su espada victoriosa.

De la contraria suerte á los embates,  
Por fieros enemigos acosados,  
¡Cuántas veces de gloria rodeados  
Viéronse, al invocarle en los combates!

¡Y hoy, pueblo ingrato, sin pudor le niegas,  
Le escarneces feroz y le maldices!  
Ciego! tu propia destruccion predices  
Cuando ese Justo á tu furor entregas.

Tú, mi Dios y Señor, que en tus hondades  
Quisiste padecer muerte afrentosa,  
Para borrar la culpa ignominiosa  
Y el reinado abismar de las maldades:

Tú de la Cruz lavaste la mancilla;  
Hoy pasea triunfal todas las zonas;  
Y, joya la mejor de las coronas,  
De gloria y potestad emblema brilla.

Dulcísimo consuelo en la amargura  
Y símbolo de todas las grandezas,  
Los monarcas le humillan sus cabezas,  
Los míseros la abrazan con ternura.

Cifra de amor sagrado, los misterios  
De tu muerte, del mundo salvadora,  
Hoy el humano corazón adora  
En la estension de entrambos hemisferios.

También mi humilde voz hasta tí llegue!  
Vano polvo, á tu pié, Señor, me postro;  
La luz me bañe de tu sacro rostro,  
Y tu preciosa Cruz mi llanto riegue!....

M. M. FLAMANT.

### La Semana Santa en Roma.

Dejadme meditar siquiera dos horas á las orillas del Tiber, decia un escritor del siglo XVII, y mis reflexiones solas me darán mas instruccion en este corto rato que meses enteros de estudio. Efectivamente, no hay libro alguno que tanto hable al alma como el gran cuadro de la campiña de Roma: por todas partes advierte el viajero objetos dignos de sus observaciones, y hasta en el polvo que pisa encuentra restos de alguna grandeza humana.

En la ciudad Eterna todo convida á la meditacion. Al contemplar los recuerdos históricos de sus monumentos y ruinas desde el Arco de Tito á la soberbia cúpula de Miguel Angel, y desde el mausoleo de Cecilia Metella á las catacumbas de San Sebastian, parece que se duplican las facultades del alma, pero al aumentarse se absorven en la idea de lo infinito.

La pluma se detiene, la voz falta al querer describir nuestras reflexiones, porque no hay modo de espresarlas que no parezca débil para hacer comprender lo que allí se vé,

lo que se siente, lo que se querría poder pintar.

Trataré sin embargo, mis amables lectoras, de trasportaros mentalmente á las orillas de aquel *Tiber*, tan célebre en otro tiempo, que baña la gran ciudad, que compartió con ella sus glorias, y que hoy escondido entre miserables casuchas, sin que nadie beba ni use sus aguas, corre á sepultarse en el mar como avergonzado de que se le nombre hoy el *Tevere*: os colocaré sobre aquel suelo clásico tan lleno de desolacion y de gracia, de miseria y de esplendor, de religion y de poesía, que si tanta encierra en todos tiempos, nunca mas tierna ni sublime que en los presentes días, llamados por los romanos la gran Semana de las Indulgencias.

Lo primero que se descubre al acercarse á Roma por la parte del Nordoeste, es la Iglesia de San Pedro, y con dificultad acertaré á esplicaros el sorprendente punto de vista que presenta en la mañana del *Domingo de Ramos* su gran plaza circular, rodeada por ambos lados de magníficos pórticos con su doble columnata. A pesar de su grande estension, apenas basta á contener el innumerable gentío, que de trajes é idiomas tan diferentes, acude de las Cinco partes del mundo con entusiasmo religioso á presenciar la suntuosa celebracion de los ságrados misterios en la primera basilica de la cristiandad. Crúzanla al mismo tiempo lujosos trenes en que los potentados de las naciones van tambien á prosternarse ante el Rey de los Reyes, y á solemnizar el triunfo de las palmas en la persona de su vicario en la tierra. El obelisco egiptoico, de granito oriental, que ocupa el centro, traído á Roma por Calígula para colocarlo en el Circo de Neron, y trasladado allí por Sixto V, domina silenciosamente á aquella multitud: el emblema de nuestra santa religion que lo corona ha sucedido á la bola de bronce que contenia las cenizas de Augusto. Los altos surtidores de las dos magníficas fuentes colaterales, parece que purifican con sus aguas, convertidas en vapor,

las cabezas de los circunstantes, que se apiñan hácia la segunda plaza rectángula que conduce á la Iglesia.

Esta basilica es sin disputa el templo mas grande y hermoso del mundo: es la obra maestra de la arquitectura, y bien merece el nombre que se le ha dado de Maravilla de los tiempos modernos. Todas las artes han apurado en ella sus recursos, así como los mejores artistas sus grandes talentos. Su construccion duró dos siglos, en tiempo de ocho Pontífices, y su coste escedió de novecientos millones de reales. Está situada al pié del Vaticano, sobre el pavimento de la primitiva iglesia, edificada por Constantino, hácia el paraje donde estaban los jardines de Neron y el Circo en que este Emperador hizo inmolar los primeros mártires.

La magnífica gradería por donde se sube á la iglesia es casi toda de mármol: al pié de ella hay dos estátuas de San Pedro y San Pablo, y su peristilo está guardado por las ecuestres de Constantino y Carlo-Magno, que pueden llamarse los fundadores de la grandezza de la Roma cristiana, en sus diferentes épocas.

Subiendo esta gradería causa admiracion la grandiosa fachada, que tiene trescientos sesenta y seis piés de largo, por ciento cincuenta y siete y medio de alto en su totalidad. Esta altura parece pequeña en comparacion de su anchura, pero sin duda tuvo el objeto de que luciese mas el tambor de la cúpula, que es su mejor adorno.

Sin detenernos en los detalles de esta magnífica fachada (de cuyas cinco puertas, la de la derecha, que se llama la Puerta Santa, solo se abre el año de Jubileo para la entrada de los peregrinos), y al levantar la pesada cortina que cubre la que vamos á pasar para penetrar en el templo, el alma se sobrecoge de admiracion y temor al encontrarse en aquella suntuosa nave, á cuya grandezza, magnificencia y buen gusto ninguna del universo se acerca. El hermoso órden de su arquitectura, la riqueza de sus pinturas y

esculturas, la belleza de sus dorados y mosaicos brillan allí con tanta magestad, que aumentan el respeto debido á la santidad de los misterios que en ella van á celebrarse.

La bendición de las palmas tiene lugar en la capilla Sixtina, llamada así del nombre de su fundador Sixto IV, y célebre por sus magníficos frescos pintados por Miguel Angel, que representan el Juicio final.

Imponentes y tiernos son en toda la cristiandad las ceremonias con que la Iglesia celebra la entrada triunfante de Jesucristo en Jerusalem: en todos los templos, y á la misma hora, los fieles con ramos benditos en las manos simbolizan el júbilo del pueblo de Israel; pero en ninguna parte resuena el *Hosana al Hijo de David*. Bendito sea el que viene en el nombre del Señor, con eco tan sublime y misterioso, como hajo aquella elevada cúpula, cuya inmensidad parece destinada á cubrir á todo el orbe católico, y en cuyo circuito se lee en letras colosales la inscripción de *Tu es Petrus et super hanc petram edificabo ecclesiam meam, et tibi dabo claves regni calorum*.

La procesion es digna por su magnificencia de tan augusto templo, y al atravesar la estensa nave causa un efecto que no se puede esplicar. Debajo de un riquísimo pálio, que sostienen ocho obispos, el Santo Padre, coronada su venerable cabeza con la tiara de triple corona, y sentado en una silla, es llevado en andas por doce escuderos vestidos de encarnado. Precédente todas las clases del pueblo romano, las órdenes regulares, las gerarquías de la corte pontificia, el Sacro Colegio y los representantes de todas las naciones católicas, marchando detrás los obispos existentes en Roma, algunas dignidades del palacio de Su Santidad y sus guardias de honor. La Pasion se canta por tres músicos sacerdotes que representan, como en todas partes, el cronista, el pueblo y Jesus; antes de comenarla se postran á los piés del Papa y besan su pié. Su Santidad y todos los circunstantes permanecen en pié mientras

dura la Pasion con las palmas benditas en la mano.

El Miércoles Santo es propiamente el dia en que principia el gran duelo de la Iglesia, y sus tinieblas se celebran tambien en la capilla Sixtina: como su estension es muy limitada se entra por esquelas, y los convidados tienen que presentarse de etiqueta. El Papa asiste con capa y mitra encarnada, y los Cardenales con capas moradas. Al escuchar los cánticos de Jeremías y recordar los últimos sucesos de Roma, no parece sino que sus profecías se referian á las desgracias de esta moderna Jerusalem.

El Jueves Santo, al cual la Iglesia de Oriente ha denominado el gran dia de los Misterios, es uno de los que la cristiandad, suspendiendo el luto en que se halla, celebra con mas solemnidad. Los oficios de este dia tienen lugar tambien en la capilla Sixtina, y en ellos despliega la Iglesia de Roma una pompa y magnificencia régias. El Papa asiste á la Misa, que celebra uno de los Cardenales, con mitra de glasé de oro, y capa y ornamentos blancos, de cuyo color están cubiertos la Cruz y el altar. Concluida la Misa y distribuidas velas á los asistentes por dos maestros de ceremonias, se ordena la procesion compuesta de los cardenales, obispos, abades y demas órdenes del sacerdocio, y se dirige á la capilla Paulina, en donde está el magnífico Monumento, profusamente iluminado. El Pontífice á pié y con la cabeza descubierta, lleva la Santa Eucaristía en un cáliz de cristal de roca, ricamente esmaltado. Al llegar al altar, y despues de una genuflexion, un Cardenal del orden de los diáconos toma el cáliz de las manos de Su Santidad, y acompañado de dos escuderos lo coloca en lo alto del Monumento. La Hostia se encierra en una urna, cuya llave guarda el Cardenal penitenciario que dice los Oficios el Viernes Santo.

En el mismo orden vuelve á salir la procesion, en la que el Papa, conducido en hombros de doce escuderos, en la Silla gestoria,

sube á la tribuna de la bendicion , que es el balcon del centro de la fachada de S. Pedro. Desde allí, y bajo un pálio sostenido por ocho obispos, Su Santidad dá su triple bendicion á la ciudad de Roma y al mundo; *urbi et orbi*, representados por la multitud de gentes de todas clases y naciones, que la recibe arrodillada en la gran plaza del Vaticano.

El *lavatorio* se verifica inmediatamente en una de las salas del Vaticano, que entre otros adornos tiene un magnífico tapiz de Leonardo Vinci, que representa la Cena. Inexplicable es el sentimiento de ternura que inunda el alma del lucido concurso que presencia esta escena de humildad cristiana, en la que el Soberano Pontífice, á imitacion de Jesus, arrodillado ante doce clérigos, que representan los Apóstoles, vestidos de una sotana de lana blanca, les lava el pié derecho, que llevan descubierto, y enjugándoselos despues con una toalla que le han ceñido dos Cardenales, se lo besa, dándole uno de los ramos de flores que le presenta un camarero en una gran copa de oro. El tesorero de Su Santidad que va detrás, vestido de capa, dá á cada uno de los Apóstoles una moneda de oro y otra de plata. Terminado este imponente acto, pasan á otro salon, donde está preparada una gran comida, que Su Santidad les sirve en platos que los Cardenales le presentan de rodillas. Es costumbre que cada uno de estos sacerdotes guarde su servicio de cubierto y bajilla.

Las ceremonias del Viernes Santo, de este gran dia de las misericordias, en el cual Jesucristo, por un exceso de su amor, espíó en la Cruz todos los pecados de los hombres, se verifican sin aparato. El Santo Padre, dejando la tiara, que no estaria bien en su frente el dia en que el Redentor llevó la corona de espinas, tiene una mitra blanca sin ningun adorno: los Cardenales, despues de besar la sandalia al Santo Padre, se preparan á la adoracion de la Cruz. Este acto, tan interesante de por sí en todas las iglesias, es mucho mas imponente en la primera de la

cristiandad, al ver á su Jefe supremo y príncipes del Sacro Colegio postrarse descalzos ante el signo venerado de la Redencion del hombre.

## REVISTA MÚSICA.

### El Stabat Mater.

El tipo de la Virgen María, y las divinas leyendas referentes á su sagrada vida, han influido sobremuera en el desarrollo de todas las artes, y en particular de la música. Repetidas veces ha sido traducida al idioma de los sonidos la prosa del *Stabat Mater*, y como quiera que principie con el canto llano romano, de un carácter piadoso, y que este sea el que se ha ejecutado hasta tiempos muy modernos, puede citarse con exactitud el origen de las numerosas melodías que constituyen el canto eclesiástico. Entre las composiciones músicas que han interpretado con mejor éxito el dolor de la Virgen María, figura en primer término el *Stabat* de Palestrina, el de Pergolèse, muy conocido, el de Astorga, compositor siciliano y contemporáneo de Pergolèse, y en el siglo actual el de Rossini. Además de estas composiciones, que ya hemos citado como preferentes, hay otras muchas de menor mérito: en aquellas no tan solo se encuentran espresados los caracteres de cada compositor, sino tambien reunen los rasgos de las diferentes épocas y revoluciones porque han pasado el arte musical y el sentimiento religioso.

El *Stabat* de Palestrina, compuesto en la segunda mitad del siglo XVI, es una pieza de dos coros, en la que alternando entre sí, canta cada cual una estrofa, concertándose en varios pasajes para darles mayor plenitud y armonía. El distintivo general del *Stabat* de Palestrina es el dolor tierno y resignado.

Todas las estrofas tienen igual estilo é iguales modulaciones, en las que se hace notar tan solo el cambio brusco de tono en la cadencia final de cada una. El arte musical

no permitia á Palestrina, segun los adelantos de su tiempo, seguir las palabras y traducir con mas precision los diferentes episodios de este drama del dolor maternal. Puede compararse el *Stabat* de Palestrina á las Vírgenes de Perugino, á cuyos delicados contornos les faltaba sin embargo movimiento y animacion; estaba reservado á su inmortal discípulo, Rafael, el saber dar al tipo de la Virgen toda la poesía y la gracia del dolor.

El *Stabat* de Pergolèse es superior al de Palestrina por la variedad y armonía de los acentos; así que, puede asegurarse que nada existe comparable, si se exceptúa el *Ave verum* de Mozart, al sentimiento musical del dúo compuesto por Pergolèse, en que espresa los siguientes versos:

*Stabat Mater dolorosa  
Juxta crucem lacrimosa  
Dum pendebat Filius!*

Y en el cual las notas cromáticas hacen estremecer cual si fueran amargas lágrimas de dolor. Finalmente, el todo de la obra corresponde al pasaje que acabo de citar; pero no obstante, la composicion de Pergolèse no satisface completamente á lo que podría exigirse en un severo y delicado exámen, pues si el dolor de María está espresado con verdad, los demas episodios de la agonía divina no están mas que indicados de un modo imperfecto. El estilo de Pergolèse carece de variedad, pues apartándose muchas veces de las reglas de la composicion, se deja llevar por la impresion de *rimas* ó *temas* determinados, y abusa del *sin copado* y de los *cromáticos*; en una palabra, Pergolèse que murió en la primera mitad del siglo XVII, carecia de un instrumento bastante á propósito para poder espresar con exactitud y variedad todos los acentos del dolor religioso, y si la composicion del maestro napolitano encierra una penetrante emocion, no tiene la grandiosa resignacion de la de Palestrina.

El *Stabat* de Rossini es obra mucho mas complicada que el de Pergolèse y Palestrina; en ella se concentran todas las riquezas del arte moderno, la orquesta, los coros, piezas concertantes, solos, duos, y cuanta especie

de géneros de canto pueden concebirse, allí están reunidos; pero en esta música armoniosa, escrita por la mano de un admirable génio, se nota la falta del sentimiento religioso á que nada puede reemplazar.

La música religiosa es el género mas difícil para un artista, y si bien el *Stabat* de Rossini, como es sabido, se aprecia por el mas completo y perfecto, no obstante los misterios de nuestra religion, no están allí bien espresados, y solo hay riqueza en la composicion.

Beethoven no ha sido mas feliz que Rossini en la oracion de *Jesus en el monte Olivete*. La música religiosa no se inventa, es menester sentirla: dichoso el génio que reúne, como Mozart, las facultades inspiradas del compositor á los sentimientos piadosos y tiernos de un cristiano.

Palestrina y Mozart, aunque colocados en épocas absolutamente opuestas, son los dos compositores que mejor han espresado en la misteriosa armonía de los Serafines los dolores de Jesus y María, pues aunque sin tanta profundidad en la ciencia, manifiestan mas vocacion y mas exactitud en el lenguaje.

### Solucion á la Charada inserta en el n.º 9.

En tu *primera* y *segunda*  
se descubre fácilmente  
el fruto que entre las zarzas  
y en la morera se mece.

Con la *segunda* y *primera*  
de rosas y de claveles  
quisiera formar un ramo  
para el altar de Cytère.

Tu *primera* y tu *tercera*  
hemos visto tantas veces,  
que solo de recordarlos  
el corazon se estremece.

Pliegue al cielo que los vates  
que nuestra escena sostienen  
sigan de *Inarco* los pasos  
y merezcan sus laureles.

M. A. DE IGLESIAS.

Imprenta de M. CAMPO-REDONDO Y AGUIAR:  
Huertas, 42.